

JAVIER CHIABRANDO

Los mejores
amigos
del hombre

Página 2



JUAN PABLO BERTAZZA

El perro
del regreso

Página 3



VICENTE BATTISTA

Animales
domésticos

Página 4

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 270 | JUEVES 2 DE FEBRERO DE 2017

Bestiario

El bípedo implume (según define Platón al hombre) no es el único animal que abunda en la literatura universal. Cientos de miles de ejemplares de todas las especies ocupan páginas de libros destacados de la historia literaria. Aquí, un repaso por los más célebres y los menos conocidos.



Archivo histórico de Buenos Aires - www.efara.com.ar

"Pacific Standard Time: LA/LA", un ambicioso evento dedicado a explorar la historia del arte latinoamericano en diálogo con la ciudad de Los Ángeles, albergará desde el 15 de septiembre de 2017 a enero de 2018 más de 70 exposiciones en los principales museos y centros culturales de esa ciudad, donde se destacan muestras de León Ferrari (foto), David Lamelas, los 150 años de la fotografía argentina

y el arte cinético concebido en la Argentina y Venezuela, entre muchas otras. Organizado por la Fundación Getty—una prestigiosa institución estadounidense dedicada a promover y preservar las artes visuales—este mega evento se desplegará desde Santa Bárbara hasta San Diego, y desde Los Ángeles hasta Palm Springs, con énfasis en el arte de los países latinoamericanos.



Los mejores amigos del hombre



→ JAVIER CHABRANDÓ

Un recordatorio por los animales de la literatura, desde las fábulas a las novelas modernas, nos permite ver tres clases: el satírico, el político y el post moderno.

Como si los temas literarios buscaran un equilibrio, a medida que crecía el corpus de los libros que mostraban el lado más animal del hombre, el de deprimido, sea de sus pares o de la naturaleza, otro corpus, tanto o más grande, se iba formando: el de los animales como personajes, humanizados o no tanto, amigos del hombre o decididamente enemigos, incluso charlatanes, o sea narradores. E igual que cuando se habla de humanos, así tampoco faltan aventuras, desventuras, dolores y alegrías. Para ejemplo está el cachorro de lobo de *Colmillo Blanco*, de Jack London, que será rescatado, acosado por perros que nunca lo creyeron uno de los suyos, y con razón, para ser luego intercambiado por whisky y volverse compañía de un buscador de oro. Qué decir de *Moby Dick*, de Herman Melville, una ballena capaz de volverse la obsesión del temerario capitán Ahab y arrastrarlo a un punto sin retorno. O su contracara moderna, *Tarzan*, de Peter Benchley, un bicho que hace estragos en una rocosa playa mientras los confundidos del lugar buscan algunas pocas muerdas justas para perderse la temporada turística y sus beneficios económicos.

Es que los animalitos buenos y colaboradores, llámense Platón, Lassie o Babe, no siempre logran ser la herramienta para una

literatura lo suficientemente dramática o épica, y se quedan en entretenimiento para niños, y no para los más ansiosos. Por eso, ante tanta música de violines, no faltan los escritores que ven monstruos donde otros ven un lindo gatito. Como Daphne Du Maurier, que en *Las pájaros* fue capaz de hacer de apicables animalitos una plaga asesina. O como Stephen King, que en *Cujo* logra que un simpático San Bernardo se transforme en la pesadilla de toda una comunidad.

La lista es más larga de lo que uno hubiera imaginado en un principio. Y no exenta de sorpresas. Hay animales que se vuelven humanos, o casi, y humanos que se vuelven animales, como nuestro querido lobizón. O como Gregorio Samsa, el personaje de *La metamorfosis* de Kafka, de tal importancia en la literatura que Nabokov, uniendo sus oficios de docente y entomólogo, analiza el esperanto para llegar a la conclusión de que no estamos frente a una cucaracha sino más bien a

un cascarudo según cantidad y formato de las patas.

Aunque no es cuestión de estadísticas, ni se deba estigmatizar a ningún animal por su apariencia o docilidad, deben ser los perros los que ganan en cantidad de obras protagonizadas. Allí está *Flaub*, de Virginia Woolf, donde se nos cuentan las aventuras del cocker spaniel de la escritora Elizabeth Barrett Browning. Paul Auster narra en *Tumbucú* la historia del perro de un vagabundo, y Arturo Pérez Reverte ree en *Perros hijos de perro*, artículos que tienen como protagonistas principales o secundarios a perros.

Y pensar que hay gente que dice que hay perros a los que solo les falta hablar. No saben que en literatura este asunto tiene una rica historia que se remonta a muchos años atrás. Entre *Las novelas ejemplares de Cervantes* ya figura *El colopio de los perros*, que pone en escena una conversación

entre Cipión y Berganza en el Hospital de la Resurrección de Valladolid. Ya que estamos con dichos, se sabe que la envidia no es buena consejera, por eso debe ser que fueron apareciendo otros animales narradores, aunque a veces se deba apelar a lo fantástico, como hace Cortázar en "Ansol", donde el narrador va mostrando de un punto de vista, el humano, a otro, el animal, y también Borges, que en "La casa de Asterión" nos deja oír a un narrador animal, pero mitológico.

Nunca mejor momento para recordar que en el Apocalipsis de San Juan aparece Satanás como un dragón, aunque dragones hay tanto en la cultura centroamericana en la oriental, sin olvidar al entrañable aunque peligroso

Smaug de *El señor de los anillos* de Tolkien.

Ante la sobreabundancia, por que no apelar a un poco de orden. Es lo que hace Alejandro Lambarrá en su tesis "El otro radical. La voz animal en la literatura hispanoamericana de la segunda mitad del siglo XX". Lambarrá divide a la voz animal en "tres grandes grupos: el animal satírico, el animal político y el animal post moderno". El animal satírico representa un tipo humano. Los cerdos son políticos corruptos, las obreras, otras explotadas, los perros, individuos ingenuos. En esta categoría menciona *El rey de las ratas* de Edoardo Quintero, *Indicaciones de un perro grigio*, de Luis Rafael Sánchez, *Silver*, de Pablo Urquiza, y un cuento de Roberto Bolaño, "El policía de las ratas". El animal político es un animal satírico que no busca crítica a la sociedad humana sino a su propio estado de subordinación y a la conquista de los derechos animales. En esta categoría menciona la novela *El portero* de Reinaldo Arenas y cuentos de Griselda Gambaro y de Francisco Tárro. El animal post moderno, a diferencia del satírico, no dirige su crítica a una institución, no se preocupa de la crítica ética o moral a la sociedad humana o al animal, sino que su objetivo es el, su sobrevivencia, su vida íntima, sus aventuras.

Imposible cerrar esta nota sin mencionar "El Cuervo", de Edgar Allan Poe, que visita la casa del hombre afligido ante la muerte de su amada, y que a modo de premonición o de recordatorio, se instala sobre el busto de Palas Atenea para no abandonar la estancia never more, o sea nunca más. Y, para terminar, nada como recordar a los animales de tantas fábulas infantiles: cerdos, patitos, gatitos y ranoncitos, así como a otros que se ganaron su lugar al luchar por diversos motivos: los dinosaurios de Michael Crichton, la gaviota de Richard Bach, el sabueso de Conan Doyle, los simios de Pierre Boulle, los padres de Tarzán, Rocinante, Winnie the Pooh y un largo etcétera.



HAY HUMANOS QUE SE VUELVEN ANIMALES. COMO GREGORIO SAMSA, EL PERSONAJE DE LA METAMORFOSIS DE KAFKA.

En 2016 la media mensual fue de 67 millones, y alcanzó en octubre 78,8 millones. Casi 70 millones de consultas al mes registra el Diccionario de la Lengua Española (DLE) de la Real Academia Española (RAE), y las palabras resiliencia, bizarro, procrastinar o paradigma figuran entre las que más dudas generan entre los usuarios, según un informe elaborado por la RAE. Hubo un "espectacular"

aumento de consultas en 2016, año en el que se registraron 800 millones con dudas de significado, ortográficas o morfológicas, indica el informe citado por la agencia de noticias EFE. El incremento de accesos en 2016, respecto a 2015, fue de un 58% y la mayoría de consultas procedieron de España, con 306 millones y el 38,98%, le siguen México, con 117 millones y el 14,88%.



El perro del regreso



→ JUAN PABLO BERTAZZA

El deseo de regreso (el nostos) de Ulises tiene un punto final en el que el protagonista es reconocido por su perro, veinte años después. Su recreación poética y el análisis.

En "Itaca", célebre poema de Konstantinos Kavafis (fue, entre otras cosas, musicalizado por Joan Manuel Serrat) hay una alusión sutil, casi invisible, a una de las escenas más destacadas y emotivas de *La Odisea*, aquella en la que el perro Argos reconoce, finalmente, al viejo Ulises:

Ten siempre a Itaca en tu pensamiento
tu llegada ahí es tu destino.
mas no apures nunca el viaje
mejor que dure muchos años
y atracar, viejo ya, en la isla,
enriquecido de cuanto ganaste en el camino
sin aguardar a que Itaca te enriquezca.

Itaca te brindó tan hermoso viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene ya nada que darte.

Aunque la halles pobre, Itaca no te la engañado.
Así, sabio como te has vuelto,
con tanta experiencia,
entendiste lo que significan las Itacas.

Más que referir al episodio en sí, el poema parece recuperar la atmósfera cínica que envuelve toda la escena en la que, justo antes de ingresar nuevamente al pala-

cio junto al porquero Eumeo, Argos es el único en reconocer a Ulises, quien permanece disfrazado de mendigo por decisión de Atena. Esa escena —que a tono con la marginalidad de las apariencias, se ubica recién en el canto XVIII, casi como cayéndose del lillero— empieza así:

Mientras ellos seguían charlando de cosas como estas, levantó la cabeza y orejas un perro allí echado, mas del que el magnánimo Ulises, que él hubo criado, mas del cual no gozó, pues partió para Troya sagrada.

Se trata, en definitiva, de un episodio cínico, en el sentido insinuado por la corriente filosófica creada por Antístenes de Atenas, discípulo de Sócrates, en el siglo V a.c. y luego desarrollada por Diógenes, que se caracteriza por el rechazo de los convencionalismos sociales. Además de tener algunos seguidores durante

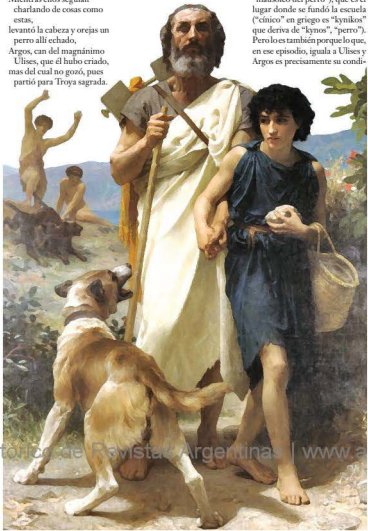
los primeros tiempos del cristianismo, el cinismo también encuentra resonancias en el propio Nietzsche.

En otras palabras, la escena de Ulises y Argos, en la que los dos se reconocen mutuamente sin que lo advierta el porquero, es cínica porque la palabra "cínico" viene de "cinosurgo" (en griego "mausoleo del perro"), que es el lugar donde se fundó la escuela ("cínico" en griego es "kynikos" que deriva de "kynos", "perro"). Pero lo es también porque lo que, en ese episodio, iguala a Ulises y Argos es precisamente su condi-

ción harapienta que no se corresponde con lo que son en verdad. O, tal como dice el poema de Kavafis, la verdadera riqueza solo tiene que ver con la experiencia. De hecho, el prototipo del "valor" social a combatir es, para el cínico, el dinero que supone una equivalencia abstracta entre objetos concretos. Si la mediación es lo que termina de dar valor, necesidad y carácter cultural a cada uno de los objetos, el cínico vive, piensa y actúa dentro de la inmediatez, practica la inmediatez justamente para aniquilar esos valores medidos y recuperar la autonomía del sujeto individual y natural. De naturaleza similar a la risa, la enunciaci3n cínica constituye una reacci3n afectiva y física contra ese conjunto de valores y creencias que, en definitiva, conforman el gran sentido común.

Desde el alba de la filosofía occidental, el cinismo comprendió que las prácticas humanas realmente trascendentes no pueden ser reducidas a una relación lógico-formal entre significados y significados. En ese sentido Argos, como es natural, se expresa con un movimiento de la cola y las orejas pero el propio Ulises rompe también todo esquema lógico y verbal al reaccionar a ese reconocimiento también con el cuerpo: con una lágrima (la contracara de la risa, podría pensarse) que se preocupa en ocultarle al porquero.

De la misma forma, los enunciados verbales del cinismo tienen que ver más con la ocurrencia y el sarcasmo que con la argumentación y el raciocinio, justo a la inversa de ese discurso ampuloso y solemne que suelta el porquero para quien el reconocimiento mutuo entre Ulises y Argos es absolutamente invisible: "Porque los servidores, en cuanto no mandan los amos / ya no quieren hacer los trabajos que son de justicia / la mitad del valor que los hombres de la ciudad que Zeus el longivivo ese día en que caen como esclavos". Ese discurso que, además de impostado, falta a la verdad porque, lejos de incumplir su misión, el pobre Argos muere justo después de reencontrarse a su amo.



Loverá siempre, libro de la periodista argentina Liliana Villanueva que contiene una entrevista con la escritora uruguaya María Esther Giglio, fallecida en 2011, fue premiado en la categoría de "Literatura testimonial" de la 58 edición del Premio Literario Casa de las Américas de 2017. Según el jurado, la entrevista fue "manejada con originalidad" y un "atrapante lenguaje coloquial, abierto,

sincero". Con unas 400 obras en concurso, el jurado premió la novela *Incendiamos las yeguas en la madrugada*, del ecuatoriano Ernesto Carrón; el poemario *Esto es un disco de vinilo donde hay canciones rusas para escuchar en inglés y viceversa*, del cubano Reynaldo García; y el ensayo histórico-social *América pintoresca y otros relatos de América Latina*, del colombiano Pedro Agudelo Rondón.



CONTRATAPA

→ VICENTE BATTISTA

Animales domésticos

Los animales de fábulas, los caballos famosos y los gatos célebres aparecen en la literatura con una frecuencia significativa.

En el siglo VIII a.C., tanto el león como la víbora, el lobo y el perro, la cigarrá y la hormiga, las ranas y los ratones y otro vasto número de animales poblaban la literatura de la antigua Grecia. Esofo fue quien en el 600 a.C. les otorgó el uso de la palabra. Poco más se sabe de este hombre que, dicen, era esclavo y contracheco, y del que aún se discute su lugar de nacimiento—Tracia, Samos, Mesembria, Sardes—, aunque todos coinciden en que Delos fue el sitio de su muerte: acusado de sacrilegio, lo arrojaron desde lo alto de las rocas Fedriadas. Nombres claves de la cultura griega—Heródoto, Aristóteles, Aristóteles y Platón—, lo citaban en sus textos. Platón aseguraba que Sócrates conocía de memoria todas sus fábulas. En una de ellas, "La rana y el ratón", se habría basado Homero para cantar su *Batrachomyomachia*, la insolita batalla de ranas y ratones con la que parodió a su propia *Iliada*.

Los protagonistas de las fábulas, sin perder su condición de humanos, piensan y actúan como seres humanos. También se comportan de ese modo, ciertas criaturas mitológicas, mitad personas, mitad bestias—el Centauro, el Sátiro, La Esfinge y las Sirenas—, que Platón y Ovidio, Zaratustra, Sófocles y Homero llevaron a la literatura. Escribió *La rana y el ratón* una sugestiva vuelta de tuerca: hombres y mujeres, vivos o muertos, que por un momento se transforman en animales, sin que por ello dejen de pensar y actuar como humanos. Esta metamorfosis también data de dos antiguos

mitos: el vampiro y el hombre-lobo. John Ford, Bram Stoker, Boris Vian, J.K. Rowling y Stephen King, son algunos de los muchos autores que se ocuparon de estas desventuradas criaturas. Incluso podrá mencionarse a Franz Kafka: Gregorio Samsa amanece convertido en un enorme insecto que, sin embargo, se comporta tal como lo venía haciendo hasta la noche anterior. Hay una cuarta variante constituida por personajes literarios que pertenecen al reino animal y que por ninguna razón rompen las leyes de ese reino: no piensan ni actúan como criaturas humanas, tampoco hablan con el lenguaje de los seres humanos. De las muchas especies que comportan este territorio, egrégras las tres denominadas domésticas: el caballo, el perro y el gato.

El Caballo de Troya mencionado por primera vez por Homero, en la *Odisa*, luego por Virgilio en la *Éncida* y más tarde parodiado por Cervantes, es un personaje repetidamente mentado en la literatura de todos los tiempos, pero es de madera. Para encontrar a caballos de verdad habría que volver al Quijote: dos de los sonetos que recogen el prólogo

de la novela se refieren a Babieca y a Rocinante. En esta sola ocasión, Cervantes les concede el uso de la palabra: en el primer soneto, Rocinante confiesa ser "el famoso bisnieto del gran Babieca" y en el segundo, dialogan entre sí: "Metafísico estás", detalla Babieca. "Es que no como", revela Rocinante, y a partir de ese momento acompañará al Hombre de la Mancha en todos los entuertos que se propone resolver. El caballo, con o sin nombre propio, es un personaje literario significativo. Cuando Sancho Panza le pregunta a la Dolorida cómo se llama el caballo que los conducirá por los cielos a él y a Don Quijote, esta responde: "El nombre no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegasus, ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fue *Brillador*, ni menos *Bayarte*, que fue el de Reinaldo de Montalbán; ni *Frontino*, como el de Rugero; ni *Boote*, ni *Perito*, como dicen que se llamaban los del Sol, ni tampoco se le llama *Oréna*, como el caballo en el que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino". Hay que recordar que,

según Shakespeare, las últimas palabras del rey Ricardo III en el campo de batalla, fueron: "Mi reino por un caballo".

El perro como personaje literario no le va en saga: Argos, tan fiel como Penélope, esperó durante veinte años a Ulises y lo reconoció de inmediato, incluso antes de que lo hiciera la propia Penélope. *El subson de Baskerville*, se llama la tercera de las cuatro novelas escritas por Arthur Conan Doyle. En esta ocasión, Sherlock Holmes deberá enfrentarse a una enorme bestia negra, de dientes afilados que parece echar fuego por su boca. Mister Bones es el perro de raza incierta que recorre las páginas de *Tamburci*, la novela de Paul Auster. Virginia Woolf, Juan Ramón Jiménez, Antonio Gala, son sólo algunos de los muchos autores que cifraron formidables piezas literarias con los perros, pero el cetro corresponde a Jack London: Colmillo Blanco, Jerry y Buck, en novelas como *Colmillo Blanco*, *Jerry de las Islas* y *El llamado de la selva*, los perros que protagonizan cuentos como "Bartard", "El silencio blanco" y "Encender un fuego", son la definitiva razón de ese cetro.

"El hombre es civilizado en la medida en que comprende a un gato", aseguraba George Bernard Shaw. Tal vez por eso el gato es la mascota preferida de casi todos los poetas y narradores de la tierra. E.T.A.Hoffmann escribió

"Opiniones del gato Murr". Poetas tan disímiles como Lord Byron, Baudelaire, García Lorca, Neruda, Bukowski y Borges les ofrecieron a los gatos sus mejores versos. T.S.Eliot le dedicó un volumen completo: *El libro de los gatos habilitados del viejo Pausanias*, del que nacería el famoso musical "Cats". Edgar Allan Poe tuvo una gata, Katarina, y su modo la inmortalizó en un cuento: "El gato negro". Los japoneses demuestran especial interés por los felinos: en 1905, Natsume Soseki, uno de los mayores autores del Japón, publicó su novela *Soy un gato*. Casi un siglo después, en 2002, Haruki Murakami presentó *Kafka en la orilla*, con un singular personaje que sólo puede comunicarse con gatos, y un año más tarde, Takashi Hiraike dio a conocer *El gato que venía del cielo*, una breve e intensa novela que tendrá al pequeño gato Chibi por protagonista esencial.

A diferencia del caballo y el perro, no es fácil comprenderlos y su astucia no tiene límites. En la época de los faraones se los consideraba criaturas sagradas, dando entonces continúan fiendo que son animales domésticos con el único propósito de que sus supuestos "dueños", los cuiden y alimenten. Una tesis posible que, de hecho, los convierte en imprescindibles personajes literarios.

